



## VIII.

### BATALLA DE STROMBOLI.

1675-1676.

Ofensiva de los franceses en Sicilia. — Intento en Melazo. — Ostentación en Nápoles. — Servicio de corsarios mallorquines. — Abordan y rinden las galeras á una fragata enemiga. — Se vuela en Reggio. — Cómo lo refieren los historiadores franceses. — Toma el duque de Vivona á Agosta. — Escuadra del príncipe de Montesarchio deshecha por temporal. — Don Juan de Austria nombrado Vicario general en Italia. — Su proceder. — Funestos resultados que produce. — Sucesos de Berbería. — Los presidios sitiados. — Se distraen las fuerzas navales en el socorro. — Tratado especial con Holanda. — Viene Ruyter con escuadra. — Detiéndela D. Juan de Austria. — Pasa á Sicilia. — Combate con la de Francia. — Auxilian las galeras.



MIENTRAS que nuestra armada del Océano desarmaba en Nápoles, disponiéndose á carenar con la lentitud de costumbre, rigiéndola ya el príncipe de Montesarchio, seguían entrando en Mesina convoyes y refuerzos de tropa de infantería y caballería.

El 25 de Mayo (1675) habían llegado al puerto 16 navíos de guerra y varios de fuego, que por este tiempo empezaban á denominarse *burlotes* en los documentos oficiales, adoptada por más breve, aunque no de un modo absoluto todavía, la expresión francesa *brûlots*. El 2 de Junio se unieron 24 galeras, en que muchos caballeros voluntarios iban á correr aventuras. Fondeadas en el interior, al alcance de la batería de San Plácido, dispararon los españoles del puesto, haciéndolas daño <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Colección Navarra, t. XXI, núm. 33.



Vióse el duque de Vivonne con fuerzas y recursos suficientes para tomar la ofensiva, y maduró el plan de ir dilatando la ocupación de la isla, siendo comienzo la plaza de Melazo, en razón á considerarla punto de considerable importancia, que le abriría la campiña y con ella los almacenes de manutención, ahorrando la de Francia á más de alejar al enemigo, que desde allí le tenía en jaque. Con tal objeto salió de Mesina, por la parte de tierra, un cuerpo de 5.000 infantes y 400 caballos, al mando del marqués de Vallavoire, debiendo concurrir por mar las galeras y la división de bajeles de Valbelle.

El primero avanzó hasta la muralla, poniendo en confusión á los defensores, pocos y mal proveídos, de modo que los cabos instaban al virrey, marqués de Villafranca, dejase la plaza, que al parecer no podría resistir, y pasara á Palermo en dos galeras surtas en el puerto; mas dispúsole mejor la fortuna, porque la escuadra francesa no pareció, y el ejército, desconfiado, aunque en las escaramuzas apenas se le hizo frente, pronunció la retirada, hostigado por la caballería que se reunió á su espalda.

Acabada la empresa, se personó Vivonne en el golfo de Nápoles con 36 navíos de guerra, 24 galeras y embarcaciones menores, haciendo ostentación de fuerza con intento de incendiar la armada española, según dijo, si bien su expedición se redujo á un paseo ridiculizado, no tan sólo por los de la ciudad, sino también por los jefes de su escuadra, al ver que no llegó á ponerse á tiro de cañón de los fuertes <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Consigna Lancina que el ingenioso D. Antonio Muzetula hizo objeto de broma la aparición en sus epístolas poéticas, y M. E. Sue que la criticó el jefe de escuadra Tourville en carta al Ministro de Marina, diciendo con el desenfado de que solían usar sus compañeros: «Il serait fâcheux à toute la marine que les Officiers généraux ne fussent en droit de rejeter sur M. de Vivonne le ridicule de la retraite de Melazzo, et il était de notre honneur à tous qu'on ne tint pas plus longtemps les vaisseaux dans le port. C'est pour cela que l'on me détacha du côté du golfe, et qui ensuite, M. de Almeras étant arrivé avec six gros navires, l'on forma l'entreprise d'aller brûler les vaisseaux espagnols jusque dans le port de Naples. M. de Vivonne alla à ce grand dessein avec une confiance admirable, et les difficultés ne lui parurent considérables que sur le point de l'exécution. Il exclut tous les capitaines du Conseil, où l'on prit la resolution de ne pas exposer les vaisseaux du roi, et de retourner à Messine comme on en était venu.» (T. III, pág. 18.)



Todo no resulta á pedir de boca en la guerra: tampoco tuvo éxito el crucero que estableció en el golfo de Venecia con objeto de impedir la salida de soldados alemanes; los corsarios mallorquines, que prestaban excelente servicio en esta guerra, embarcaron en Trieste 2.000 hombres y los pusieron en salvo en Calabria. Parece que posteriormente tomó ó incendió en la Barletta dos de estas naves M. de Tourville al volver de su comisión, sufriendo el contratiempo de quedar encalmado en el Faro. En esta disposición, don Beltrán de Guevara, teniente general de las galeras de Nápoles, que pasaba en dirección de Agosta, atacó con nueve á la fragata *Gracieuse*, de 24 cañones, un tanto separada de su jefe; la tomó al abordaje con no escasa resistencia y la dejó marinada en Reggio, continuando el camino.

El accidente causó pena en Mesina, habiendo ocurrido á su vista; la tuvo mayor, naturalmente, M. de Tourville, como de cosa que tenía á cargo, y porque no se gozaran con el trofeo los españoles, en día de viento favorable fué sobre el puerto con dos navíos y un *burlote*, logrando abrasar la fragata con daño de la población, tan diferentemente referido, que es de conveniencia dejar el juicio al lector presentándole los textos:

«Estaba aún el bajel en la marina de la ciudad, á la parte que no había artillería, y parece que Dios ató á todos las manos, pues llegándose el bajel francés convoyando al *burlote*, se le puso tan vecino, que el capitán, con presteza, atacó una camisa de fuego con que luego se incendiaron ambos, aunque tuvo desgraciada muerte de la violencia de las llamas. La gente de la ciudad y los soldados estaban mirando el suceso, y todos en grande confusión, esparcidos por las marinas y la muralla, pero llegando á este tiempo el fuego á la cámara de Santa Bárbara, fué tanto el estruendo que hizo y la ruina, que mató más de cien personas, dejando á unos sin brazos, á otros sin pies, y muchos maltratados; y como con este accidente se pegó fuego y volaron las astillas del bajel, se encendió en vivas llamas toda la ciudad, que á ser de noche se hubiera destruído; pero pudo mucho el celo de



su arzobispo, los sindicos y cabos militares, que repararon la ruina. Con este mal suceso empezaron á ser más advertidos, haciendo una trinchera á la marina y dos medias lunas, guarneciéndolas de artillería, y después se puso la ciudad en alguna fortificación en tiempo que la gobernaba el marqués de Santa Cristina <sup>1</sup>.»

«Aunque la habían amarrado (la presa) bajo la fortaleza de Reggio y puesto de manera que la ampararan todos los cañones de la plaza, reputada la más imponente de Calabria, decidieron ir á quemar en pleno día. Avanzaron, en consecuencia, con sus navíos y un *brúlot* á tiro de mosquete de los baluartes y fuertes, y después de haberlos cañoneado vivamente algún tiempo, lanzaron el *brúlot*, que no sólo incendió á la fragata, sino también á 14 navíos que estaban próximos; voló la mitad de un baluarte y comunicó las llamas á más de 50 casas de la ciudad <sup>2</sup>.»

Tratemos de ocurrencias más serias. Pensó el duque de Vivonne expugnar á Agosta, ciudad importante situada en la costa oriental de Sicilia, centro de exportación de granos. Tiene puerto espacioso de boca ancha y accesible, con castillo pequeño y de poca defensa por la situación dominada. Lo atacaron á mediados de Agosto 29 navíos de 50 cañones arriba, 24 galeras y 12 *burlotes*, rindiéndolo con poca dificultad, lo mismo que á la torre de Avalos, guardada por un alférez, y la ciudad, que se entregó en menos de dos horas, no por buenas artes, según se susurraba <sup>3</sup>. De cualquier modo, era pérdida grande, que puso en mayor cuidado al Virrey, obligándole á emplear sus pocas tropas en guarnecer á Siracusa y puntos vecinos, aunque las galeras y 12 de los bajeles enemigos se volvieron á Francia.

Por esta razón se instaba al príncipe de Montesarchio,

<sup>1</sup> Lancina, pág. 330.

<sup>2</sup> Guérin, t. III, pág. 261; Sue, t. II, pág. 550. — La relación conforma con el parte enviado por M. de Tourville al Ministro de Marina, si bien en éste se agrega que recibió el fuego de más de sesenta cañones y de la mosquetería, y que á orillas del agua se incendiaron más de 25 casas almacenes de seda.

<sup>3</sup> El pueblo, indignado, mató al gobernador; el alférez de la torre de Avalos sufrió muerte infamante por sentencia.



rehacio en salir de Nápoles, por no contar con más de 15 navíos de todas clases, que tenía por inferiores á los que quedaban en Sicilia, como en realidad lo eran. Así, habiendo fondeado en las marinas de Calabria, se llegó á presentarle batalla M. de Almeras, llevando 10 bajeles y seis *burlotes*, y anduvo maniobrando algunos días contra corriente sin poder aproximarse. Montesarchio aprovechó el primer viento favorable para embocar el Faro sin aceptar la provocación, yendo á Melazo á unirse con las galeras, y le siguieron los franceses, con tanta precipitación, que su Capitana varó en el Estrecho, y hubo de arrojar al agua la artillería y pesos de consideración para volver á flote, accidente que aprovecharon, divulgando que 15 navíos del Rey de España habían huido de 10 solos de Francia, sin que por nada pararan los pies.

Tuvieron otro suceso peor tratando de cumplir órdenes del marqués de Villafranca de atacar á la torre del Faro en conserva de las galeras. El 6 de Noviembre descargó tormenta inaguantable que arrastró por el Estrecho á los bajeles en dispersión: los más pudieron dar vuelta á la isla por el Sur y entrar en Siracusa; siete se estrellaron en la costa de Calabria, incapaces de resistir á la violencia del viento y la corriente, ahogándose mucha gente en los escollos y en las galeras, que con trabajo volvieron á Melazo; un rayo abrasó á la Capitana de Sicilia, escapando muy pocas personas. Las naves salvadas se trasladaron á Palermo á reparar las averías, poseido el ánimo de los tripulantes de tristeza con la idea de estar dejados de la mano de Dios.

Fuerza es retroceder desde este punto habiendo de traer á cuenta las ocurrencias de España en el tiempo en que las de Sicilia se desarrollaban y la campaña de Cataluña, retiradas las tropas y los navíos, tomaba mal aspecto.

Desde principios de año (1675) se había encargado á don Gonzalo Fernández de Córdoba, presidente de la Casa de la Contratación de las Indias, que fletando navíos holandeses con destino á la guarda de las flotas, dispusiera seis de los mejores que tenía armados el comercio de Sevilla con este



objeto y fueran á incorporarse á la armada en Italia, conduciendo municiones y pertrechos de que estaba necesitada <sup>1</sup>. Pusiéronse á cargo de D. Francisco de Abaria, jefe de crédito en la navegación de Ultramar hecha en barcos propios ó del Estado <sup>2</sup>.

Casi al mismo tiempo había decidido el Gobierno confiar á D. Juan de Austria la dirección de la guerra en Italia, expidiéndole título muy honroso de *Vicario general del Rey* con todo el poder y facultad residentes en la persona real <sup>3</sup>, y esto por su representación, experiencia y grandes obligaciones, en primer lugar, teniendo además en cuenta la popularidad y afecto granjeados en el tiempo que gobernó á Sicilia, que aun en la ciudad de Mesina rebelada subsistian. Ninguno parecía más indicado para volverla al buen camino y desconcertar los trabajos de Luis XIV que con mensajes públicos y agentes secretos incitaba á los napolitanos á seguir el ejemplo de rebelión contra España, poniéndose bajo su benigno amparo.

Don Juan acariciaba siempre más ambiciosos proyectos: andaba mezclado en las intrigas y escándalos de revuelta en la corte; pero no le pareció prudente negarse al servicio de la guerra extraña y lo aceptó publicando el viaje y haciendo todas aquellas prevenciones exteriores que extendieran la creencia, al punto de mandar aprestar las galeras en Barcelona <sup>4</sup>, sin perjuicio de los recursos empleados para eludir la comisión anterior de Flandes, la dilación, la dolencia, la necesidad de tomar baños medicinales indicados en Castilla y en Navarra.

El jefe de los navíos de Cádiz alegaba también cada día

<sup>1</sup> Mateo de Laya, *Discurso*, págs. 44-46. — *Colección Vargas Ponce*, letra A; *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.308.

<sup>2</sup> Obtuvo patente de capitán en 1655, y fué objeto de elogios y recomendaciones. El rey Carlos II mandó se le ofreciera en su nombre una estatua de alabastro de Nuestra Señora de la Merced, que era el nombre de su Capitana, estatua que posteriormente sirvió de cabeza al mayorazgo que instituyó. (*Colección Vargas Ponce*, leg. 14.)

<sup>3</sup> Lancina.—Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

<sup>4</sup> En el mes de Marzo. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.279.



alguna razón justificada de demora, no siéndole dable ponerse á la vela hasta el mes de Junio en que llegó por primera escala á Cartagena, y allí recibió contraorden <sup>1</sup>, cuya inteligencia requiere nueva digresión.

Desde que empezó á reinar Carlos II se notaban en Berbería novedades alarmantes, nacidas del estado en que estaban nuestros presidios. Un Sidi Gaylan había llegado á dominar en la parte septentrional, favorecido de España, y creciéndole la ambición con la prosperidad vino á dar muestra de la gratitud política, preparando con el mayor secreto una algarada contra Larache, en que poco le faltó para salir con la intención, asaltando en la noche del 1.º de Marzo de 1666, pues llegó á tomar los rebeldes del Campo y de Santa María, y á coronar la muralla con su gente.

Pasado un año, cercó á la plaza de Orán el Virrey de Argel, bien informado de la cortedad de su guarnición, la cual atribuyó á milagro que los moros no persistieran en el asedio, retirándose sin causa aparente. Volvió á sitiarla en 1672 con mayor ejército, cooperando la escuadra corsaria por mar hasta la llegada de D. Juan González Salamanqués, el 5 de Julio, con ocho bajeles, á cuya vista desaparecieron los argelinos, no tardando en seguirles los alárabes del Campo <sup>2</sup>.

Rompieron al mismo tiempo las hostilidades contra los fuertes de Ceuta y del Peñón de los Vélez; multiplicaron los piratas sus empresas, haciendo desembarco en la costa de Valencia y en la de Galicia por la ría de Arosa. Por la de Portugal andaban á la espera de las flotas, haciendo ostentación de la nave capitana de 70 cañones.

Muchas contrariedades había que vencer para socorrer á todas las plazas con dinero, víveres y aun agua algunas veces; hacíase con intermitencia y escasez, aunque con buen deseo de la escuadra de galeras, que en una de las expediciones ocupó á viva fuerza el Peñón de Alhucemas (1673) por quitar el estorbo que desde él hacían.

<sup>1</sup> La misma *Colección*, art. 3.º, núm. 1.281.

<sup>2</sup> *Diario de ocurrencias de Orán*. Ms. Biblioteca Nacional. H. 99.



En 1674 entraron de sorpresa en el Campo de Ceuta más de 10.000 moros, y muchos más pusieron en aprieto á Orán el año sucesivo, asediándola por tierra y mar. Ésta era la causa que instó á decidir fuera allá D. Francisco de Abaria, llevando los seis bajeles con que iba á Italia, cargados de bastimentos, municiones y tropa con buena oportunidad, toda vez que desalojaron á la fuerza superior de 16 navíos y dos galeras, encerrándola en el puerto de Arceo, y contribuyeron al levantamiento del Campo <sup>1</sup>, si bien con dejación de la primera empresa ó refuerzo á la Armada de Sicilia.

A este fin entabló la Corte de Madrid negociaciones en las Provincias Unidas, hasta conseguir, con sacrificio de alguna concesión en el comercio de Indias, el concurso de Armada holandesa para la recuperación de Mesina con estas condiciones <sup>2</sup>:

Constaría de 18 navíos de guerra; seis de ellos de 70 á 80 cañones; seis de 60 á 70; seis de 44 á 54. Item, de seis pataches, de 10 á 16; de dos fragatas transportes, de 26 á 28, y de seis *burlotes*, sumando entre todos 1.300 piezas de artillería y 6.000 tripulantes con provisiones para ocho meses, término del tratado. Había de abonar el Rey de España 62.000 florines por principio de armamento y 88.000 patacones al mes, equivalentes á 220.000 florines. En caso de pérdida de alguno de los navíos, sufragarían el valor por mitad las dos partes; las presas se dividirían por mitad asimismo. Las condiciones del pago, suministro de raciones, servicio, combinación, eran objeto de cláusulas sucesivas.

El Gobierno de las Provincias confió el mando de sus naves á Miguel de Ruyter, almirante ilustre, vencedor en cien combates, reverenciado en el mundo como uno de los más grandes marineros de su siglo, dándole instrucciones precisas de ponerse á las órdenes del Capitán general de la Armada española, concertar con él las operaciones de guerra, ejecutar con celo lo acordado, y procurar la sumisión de Mesina,

<sup>1</sup> Mateo de Laya, *Discurso*, pág. 46.

<sup>2</sup> Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.





objeto principal de la expedición. Observó que la fuerza de que iba á disponer era escasa, pensadas las contingencias probables y el concurso que debería esperar de los bajeles de España, sin demorar por ello un día la salida á la mar, ni menos pretender alteración en las condiciones del tratado. El 29 de Julio (1675) levó las anclas; el 26 de Septiembre las dejaba caer en la bahía de Cádiz, conferenciando en el acto con el Gobernador de la plaza, que le entregó despachos de la Reina Regente con aviso de que se le unirían sobre los Alfaques seis navíos esperados por momentos de Orán, y con ellos el príncipe D. Juan de Austria, vicario general del Rey en Italia, con supremacía de los virreyes, capitanes generales y gobernadores.

Esperó algunos días, agasajado como pudiera suponer y merecía, mas no llegaron ni el Príncipe ni los navíos, sustituyéndolos carta de D. Juan, atenta, en que expresaba no serle posible, con gran sentimiento, tomar parte activa en la campaña, que prometía ser gloriosa, porque el Rey su hermano le llamaba á la corte á la dirección de los negocios. En consecuencia prevenía al Almirante que desde Barcelona, donde encontraría al marqués del Carpio con los dichos seis bajeles, se encaminara sin demora á Sicilia, y verificada la incorporación con las fuerzas que allí estaban á las órdenes del príncipe de Montesarchio atacara á los franceses en Mesina<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ha publicado la carta, con otras, M. Sue, copiándolas de la *Vie de Ruyter*; la de Gerard Brandt, quizá, distinta de la que yo he tenido á la vista. La vuelvo al castellano por su importancia, aunque no poco perderá de estilo en las dos versiones.

«Señor Ruyter.—El 18 de este mes os he escrito para hacer os conocer la impaciencia en que estaba hasta ver os llegar con felicidad á la costa de Valencia, creyendo, con el favor de Dios, juntarme con vos y tener la satisfacción de ofreceros testimonio del aprecio en que siempre he tenido vuestros méritos, y de mi afecto por vuestra persona y por vuestros valerosos compatriotas. Ahora ésta os dirá que he recibido orden de S. M. para ir á Madrid, habiendo tomado, según creo, esta resolución porque yo había escrito que importaba mucho á los intereses del reino y á la consecución de la paz que se diera calor á la guerra de Mesina, enviando pronto considerables refuerzos, no solamente á Italia, sino también á vuestro país, cumpliendo fielmente el Tratado, en virtud del cual ha venido la Armada de vuestro cargo. Me atrevo á asegurar que S. M. me hace merced considerando que mi presencia y disposición contribuirán á que una y otra cosa se ejecuten en menos tiempo del que se ha empleado hasta ahora, y por consiguiente, que serán de más



Hubieron de engañar á D. Juan los deseos: la llamada á la corte tenía por objeto único la asistencia de su persona á la solemnidad del acto de declaración de mayoría de edad de D. Carlos, su hermano, dándolo á entender la cédula despachada el día en que se verificó, una de las primeras que firmaría el Rey, antes de hacerlo en las que notició á los Generales de la Armada que, habiendo cumplido catorce años de edad, entraba en el gobierno de los reinos, cumpliendo lo ordenado en el testamento de su padre <sup>1</sup>. Decía esta cédula <sup>2</sup>:

«El Rey.—General Miguel de Ruyter, á cuyo cargo está

provecho que mi viaje á Italia, reconociendo S. M. con razón que donde vos estéis nada ha de faltar en punto al celo, valor y firmeza que se requieren en la presente coyuntura. En esta persuasión me ordena S. M. os diga que será muy servido de que sin dilación continuéis el viaje con los navios de vuestra Armada y los de Su Majestad, que no tardarán en llegar, si no están ya á vista de la costa, y me encarga os informe al mismo tiempo de todo lo que yo crea que debéis saber. Pero antes de cumplir esta última parte del mandato de S. M. os aseguro que solamente por el deber en que estoy de obedecer ciegamente sus órdenes, se mitiga el pesar que tengo de no encontrarme en una ocasión en que creo y espero que habéis de alcanzar mucha gloria para las armas de los Estados aliados y para vuestra persona. Esta consideración, y la esperanza de que mi viaje á la corte no ha de ser de escasa utilidad para la ejecución de la empresa, hace que me someta gustoso á la voluntad del Rey. No es necesario advertiros que ante todo procuraréis la unión con la escuadra del príncipe de Montesarchio; y como por el último correo que salió de Nápoles el 20 de Septiembre se sabe que el dicho Príncipe había hecho rumbo hacia Sicilia con 17 bajeles y tres *burlotes*, parece que lo mejor será vayáis directamente á Palermo, recalando en Cagliari y Trápana para saber noticias más recientes de nuestra Armada y de la enemiga; pues aunque tuvierais necesidad de proveeros de alguna cosa en Nápoles, será mejor expediente, visto que nuestra Armada está ya sobre Sicilia, que os juntéis con ella á fin de entrar unidas en el Faro de Mesina y atacar al enemigo. Envío esta misma orden al marqués del Carpio, que está á bordo de los navios de Barcelona, con objeto de que se apresure y os ayude á ejecutar este plan, que lo hará con toda diligencia. También os remito pliegos destinados á los Virreyes de Cerdeña, de Nápoles y de Sicilia, con conocimiento de vuestro viaje y encargo de prestaros auxilio en cuanto necesitareis. Su Majestad me ha enviado una cadena de oro para presentárosla en su nombre como señal de su real aprecio y de la estimación en que os tiene. Me prometía entregárosla por mi propia mano, y como no es posible, he elegido al marqués del Carpio en mi lugar, asegurándoos lo mucho que deseo contribuir á complaceros. Os ruego me aviséis el día que será la salida, que he de participar á S. M. Esta noticia espero con impaciencia, y con la respuesta de esta carta podéis enviarla por el marqués del Carpio. Ruego á Dios que os tenga en su santa guarda.—Zaragoza á 31 de Octubre de 1675.—Don Juan.»

<sup>1</sup> En Madrid á 11 de Noviembre. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.287.

<sup>2</sup> *Vie de Ruyter*.



la Armada de los Estados generales destinada á Mesina. En prueba de la mucha consideración en que tenemos á nuestros estados de Italia, y de nuestras intenciones para conseguir la paz y la tranquilidad de nuestros buenos súbditos de aquellos reinos, así que hemos visto á nuestro hermano D. Juan de Austria, hemos resuelto su partida para que tenga el cargo de la dirección y ejecución de las órdenes que le hemos dado, anulando todas las que os hayan sido comunicadas antes de esta fecha, por ser ésta nuestra voluntad, de que hemos querido advertiros por un correo despachado para ello. De Madrid á 9 de Noviembre de 1675.—Yo el Rey.»

Todo esto revela que en la lucha de influencias que trabajaba al ánimo vacilante de D. Carlos, se sobrepuso todavía la de la Reina madre; mas D. Juan no se dió por vencido; continuó sirviéndole el pretexto de mala salud para no salir de España en tanto redoblaba el esfuerzo de la intriga. Él logró su objeto; ¡pero á qué costa para la nación! Cuando escribió á Ruyter otra vez, avisando que la dolencia no le consentía embarcar, teniendo que resignarse con pena á deseársle buen viaje <sup>1</sup>, habían transcurrido más de dos meses, tiempo en que lo menos importante era el costo enorme de la escuadra detenida. Dos meses bien empleados en la guerra pueden influir en la diferencia que va de la victoria á la derrota ó de destruir á ser destruido. Dos meses trabajando noche y día en Tolón, consintieron el armamento de una escuadra francesa, cuya unión, con la de Mesina, era lo primero que se debía impedir. Sin ella, Ruyter hubiera debelado al enemigo, por escasa que fuera la ayuda de nuestras fuerzas; con ella, hemos de ver cuán otro resultado se obtuvo.

El Almirante holandés partió de Barcelona el 29 de Noviembre, sin que de los seis navíos españoles tantas veces anunciados se le uniera más que uno: el nombrado *Nuestra Señora del Rosario*, de 50 cañones y 300 hombres, al mando de Mateo de Laya; los demás continuaban ocupados en la costa de Berbería, y de los del comercio de Sevilla, á que se

<sup>1</sup> *Vie de Ruyter.*



acudió segunda vez, sólo se pudo alistar el *Santa Cruz*, para que se hiciera á la vela en Diciembre con el general D. Pedro Corbete <sup>1</sup>.

Hizo Ruyter escala en Cerdeña; tuvo malos tiempos; no llegó á Melazo hasta el 23 de Diciembre con parte de su escuadra, habiendo fondeado otra parte en Palermo, donde continuaba el príncipe de Montesarchio, reponiéndose de los desperfectos causados en los bajeles por la borrasca del Faro. En Melazo estaban nueve galeras del cargo de D. Beltrán de Guevara. Tratóse ante el Virrey de dar principio á las operaciones, enviando á Montesarchio orden de acudir en unión del vicealmirante Haen, que se puso á la vela en seguida, escribiendo el Príncipe que lo haría también con mucho gusto «así que tuviera jarcia y velas con que salir del puerto» <sup>2</sup>.

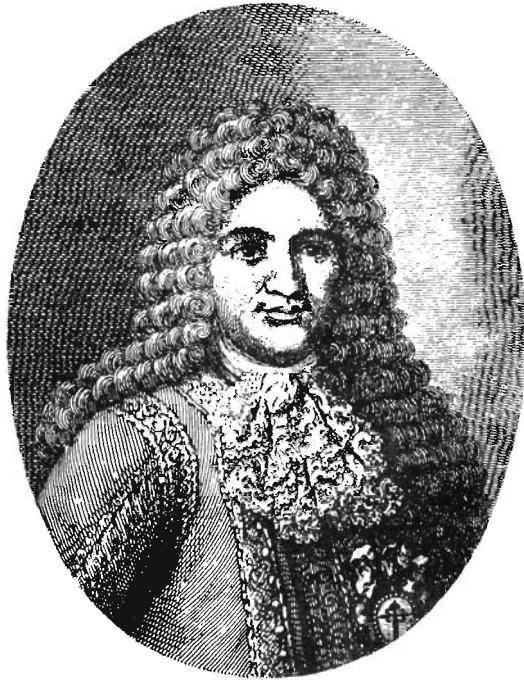
El 6 de Enero de 1676 cruzaba la escuadra holandesa á la boca del Faro de Mesina, acompañada del navío español *Rosario* y de las galeras. Con su resguardo por la espalda, asaltó D. Gaspar de Borja por tierra al fuerte de Ibisó, que se rindió en tres horas, é iban de concierto á continuar la ofensiva, cuando llegaron avisos de descubrirse desde las islas de Lipari muchas velas. Ruyter tomó aquella vuelta, en mar abierto, y al alba del 7 contó treinta bajeles, comprendidos dos *burlotes*, una polacra, una saetia, más las barcas de convoy por la popa, navegando con viento favorable.

En los papeles franceses se compone su escuadra con 26 navíos; uno, de 80 cañones; cuatro, de 72 á 74; cinco, de 60 á 64; siete, de 54 á 56; tres de 50 y seis *brúlots*. Estaba al mando del almirante Duquesne, distribuida en tres cuerpos: vanguardia, guiada por el jefe de escuadra Preully d'Humières; centro ó batalla, que regía el mismo Duquesne; retaguardia, á cargo del jefe de escuadra Gabaret.

Ruyter tenía establecida igual división, adoptada generalmente por entonces, mandando la vanguardia el contraalmirante Verschoor, y la retaguardia el vicealmirante de Haen.

<sup>1</sup> Colección *Sans de Baruteil*, art. 3.º, núm. 1.288.

<sup>2</sup> *Vie de Ruyter*.



**Mateo de Laya.**





Tan luego se pusieron á la vista, formaron una y otra Armada en línea de bolina, bordeando sobre la isla Stromboli, la más septentrional de las de Lipari. El viento soplaba del SSO. y arreció por la noche, obligando á las galeras á buscar el abrigo de las islas, por no poderlo resistir.

Amaneció el día 8 la francesa á barlovento, y á cosa de las nueve de la mañana arribó sobre la adversaria en buen orden, reducido su velamen á las gavias y cebadera, empezando una hora después el cañoneo por los navíos de vanguardia y siguiendo los otros á medida que se acercaban, lo que tardó mucho en verificar la retaguardia. A las tres horas de batalla obstinada por ambas partes, á favor del humo, lanzaron los franceses un navío de fuego sobre la capitana de Ruyter; pero siendo descubierto y desarbolado de la gavia por los disparos, lo incendió su capitán aislado. Lo mismo aconteció al segundo y tercero que intentaban abordar. Cuando iba á ponerse el sol, habiendo calmado el viento, salieron las galeras de su abrigo y se agregaron á la escuadra holandesa, ejercitando los cañones de cruzía. Fueron de mucho servicio en el remolque de los navíos maltratados, estándolo casi todos en la arboladura y velas; uno que se iba á fondo, por no lograrse agotar el agua que entraba por agujeros bajo la línea de flotación, condujeron á Palermo.

Tal es la esencia de la relación enviada por Ruyter á su Gobierno. No conociendo todavía las bajas ocurridas en cada navío, ofrecía remitir la noticia, consignando de momento la muerte del contraalmirante Verschoor, y la afirmación de haber combatido con gran valor todos sus subordinados. Del adversario únicamente decía haberle informado que se había sumergido uno de sus navíos al anochecer, y que algunos creían haber visto desaparecer á otro.

Los despachos de Duquesne no lo confirman, ni tampoco los oficiosos de M. de Valbelle, que en el estilo petulante propio, se jactaba de haber dirigido la función y obligado á retroceder al Almirante de Holanda <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> «M. Ruyter, qui ne se voulait pas commetre, s'éloignait doucement de nous, et pliait toujours avec ordre: sa conduite nous mettait à bout.»



En puridad, sufrieron bastante ambas Armadas, pero sin ceder una á la otra, ocupándose cada cual en reparar los defectos durante la noche seguida á la pelea, con ánimo y disposición de renovarla, lo que de buena gana hiciera Duquesne en los días siguientes, habiéndosele incorporado M. de Almeras con la escuadra que estaba en Mesina, compuesta de 12 navíos de guerra y algunos de fuego <sup>1</sup>, si no observara que también la enemiga juntaba el refuerzo de los nueve bajeles del príncipe de Montesarchio. La variación y crecimiento hicieron á los jefes cruzar indecisos á la vista, deliberando en Consejo lo que les conviniera en esta forma.

En la Capitana real de España, juntos los cabos superiores con los holandeses, decidieron no buscar al enemigo, por ser su Armada superior en el número y en el porte de los navíos, y porque, dado que venciéndonlos se ganaría mucho para la reducción de Mesina, en caso de perder la batalla se aventuraba, no sólo el reino de Sicilia, sino también el de Nápoles. Que lo prudente era dejarle embocar el Canal y picar entonces la retaguardia, esperando cualquiera ocurrencia favorable, teniendo en cuenta que ciudad tan populosa y guarnecida como Mesina, había de agotar pronto los socorros, obligando á que parte de la Armada francesa marchara en demanda de otros, dividiéndose, y ésta sería la oportunidad de volver al Faro y apretar <sup>2</sup>.

En la Capitana de Francia al propio tiempo pensaron los Generales que estando los enemigos sobre la boca del Estrecho, no había medio de pasarlo sin batalla, y que de ésta se seguirían graves inconvenientes, pues tenían que entrar en fila los navíos dejando comprometida la retaguardia. Que no quedaban pólvora y municiones más que para un combate de seis horas, y en caso de consumirlas se verían en la necesidad de marchar á Tolón en busca de reemplazo. Por último, que no estando la Armada á vista de Mesina, la pondrían en

<sup>1</sup> Por la *Vie de Ruyter*, pág. 235, eran: seis navíos de 60 cañones, dos de 50, seis ó siete fragatas y los *brilots*.

<sup>2</sup> *Carta del príncipe de Montesarchio al marqués de Villafranca*. Lancina, página 352.





riesgo de perderse por revolución de los vecinos descontentos, y lo que debía hacerse, por tanto, era contornear la isla, entrar en el Estrecho por el Sur y surgir en el puerto <sup>1</sup>.

Innecesario es, vistos los documentos, insistir en que no volvieron á sonar por entonces los cañones; manteniéndose la Armada de los aliados sobre el Faro, la francesa arribó hasta doblar el cabo Passaro, subiendo desde allí á Mesina sin oposición. Frente á Siracusa tuvo ligero contratiempo por salir del puerto detrás de la retaguardia nueve galeras del reino, gobernadas por el marqués de Orani <sup>2</sup>. Como quedara algo atrasado y en calma, uno de los navíos, aunque era de mucho porte, arrojando el peligro le abordaron, subiendo primero por la entena el capitán de infantería D. Antonio Samaniego, y siguiéndole muchos que lo rindieron con satisfacción doble, por ser el nombrado *Madonna del Popolo*, que apresaron los franceses en el combate del 11 de Febrero del año anterior á D. Melchor de la Cueva <sup>3</sup>, y por azar y arrojó volvía á su natural escuadra <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> *Carta de M. de Vivonne al Rey*. Guérin, t. III, pág. 496.

<sup>2</sup> Don Isidro de Silva y Mendoza servía en ellas de atrás con plazas de capitán y cuatralbo, y obtuvo el mando en jefe en sustitución del príncipe de Montesarchio en 1675, siendo á la sazón teniente general de las de España.

<sup>3</sup> Véase cap. II.

<sup>4</sup> *Colección Sans de Barutell*, arts. 3.º y 4.º. Lancina, pág. 354.

